

pasaba, diéronse por avisados y se dirigieron á su jefe pidiéndole explicaciones, y como en esta ocasión el príncipe heredero, que hacía tiempo vivía alejado de su padre, se presentara en Kassel, el pueblo hizo de él su soberano hasta imponerlo al Elector, quien declaró que se había reconciliado con su hijo.

Invitado para que regresara á su ciudad, lo hizo en compañía de su hijo, dejando fuera de sus Estados á la Reichenbach, demostrándole el pueblo con su nueva actitud que había acabado su gobierno absoluto.

Mientras esto sucedía en la capital, en los pueblos



JORGE WILSON

Que los campesinos cometieron muchos y grandes excesos, es cierto, pero ¿cómo evitarlo? ¿cómo condenar á los hombres que en pleno año 1830 todavía vivían sujetos á las duras condiciones de los siervos de la gleba de la Edad media? A los autores de su desdicha, á los que todavía les mantenían en su ignominiosa situación es á quienes hay que censurar por lo ocurrido en la Alta Hesse, que no tiene culpa la pólvora del daño que causa al explotar, sino de quien la ha hecho explotable ó dañosa al explotar.

Como los campesinos amenazaban con sus actos á los Estados vecinos, la Dieta germánica creyó que había llegado el caso de que intervinieran las fuerzas armadas de la Confederación, reclamando en su consecuencia el concurso de las tropas de Prusia, Austria, Baviera y Wurtemberg.

Pero en el interior las mismas tropas de Kassel se habían ido apoderando del movimiento que se encontraba desarmado por los acontecimientos de la capital y por la presencia en Hanau del príncipe

rurales los campesinos se armaban y atacaban los castillos de sus señores, quemando sus archivos, y lo mismo hacían con todos los papeles del fisco, pues reclamaban la abolición de las Aduanas con la misma energía con que pedían la abolición de los derechos señoriales.

Estalló el movimiento en Hanau el día 24 de Setiembre, once días después de la entrada del Elector y su hijo en Kassel, y no hay duda que se hubiera podido evitar el levantamiento de los campesinos si procediendo el Elector con energía y buena voluntad se hubiese adelantado á romper las cadenas de su servidumbre.

heredero, que tantas simpatías tenía por el solo hecho de su enemistad con su padre, quien acababa de obtener la convocación de una constituyente que debía reunirse el día 16 de Octubre. Esta precipitación para resolver el conflicto político dió desde luego el resultado apetecido de aquietar el país que procedió á las elecciones.

A que iban los nuevos diputados á Kassel el 16 de Octubre, nadie lo había dicho. Los burgueses de Kassel apenas si se habían atrevido á hacer más que algunas muy veladas alusiones á la reforma política; la palabra Constitución no sonaba sino de una manera muy velada. Fué el Elector mismo quien se encargó de hacerles saber á los diputados que iban á tratar de la ley fundamental del Estado, tratando ó discutiendo el proyecto elaborado por él ó por sus órdenes, pero en esto no logra convencer á los diputados, quienes, guiados por el profesor de la Universidad de Marburg, Jordan, presentaron y discutieron una Constitución enteramente moderna y no una Constitución fundada en la tradición moderni-

zada, como hubiera querido el Elector, quien, sin embargo, la juró tal como salió de la deliberación de sus Estados en 5 de Enero de 1831, á pesar de aconsejarle Austria lo contrario.

En los pequeños Estados hubo también sus agitaciones, presentando en todas partes aspecto variado, desde el que ofreció en Thuringia, en donde el duque Federico, el nesor de los príncipes alemanes, dijo á todo amén: al que ofrecía en Holstein, donde uno de los ex-estudiantes de la Wartburg lanzó un manifiesto contra los príncipes que no habían cumplido lo ordenado en el artículo 13 del Pacto federal, manifiesto ó libro que Niebuhr desdeñó y

que causó en su tiempo una revolución ó transformación radical de Alemania: ó como en Oldenburg, en donde su duque, deseando siempre adelantarse á los deseos de sus súbditos, no supo encontrar nunca qué es lo que debía satisfacerles, acabando por no darles casi nada, de modo, que los oldenburgueses tuvieron que esperar que una nueva y más seria tempestad revolucionaria viniera á enseñar á sus príncipes qué es lo que debían hacer.

En Hannover las cosas se complicaron mucho, pero sin llegar á extremos sangrientos. No fué en la capital sino en provincias en donde la agitación se dejó primero sentir y en donde fué tomando poco á



LADY FLORA HASTINGS

poco proporciones hasta acabar por negarse los pueblos al pago de toda clase de contribuciones si no se reformaba por entero el sistema político-económico vigente. A esta agitación que principió con los sucesos de París y fué creciendo con los de los Países Bajos, contestaron los partidarios de la legitimidad,—de la legitimidad de los derechos de los señores,—con insolentes publicaciones que no hicieron más que disponer al pueblo á la resistencia. Las prevenciones contra el espíritu liberal fuéronse haciendo tan grandes que cuando Ahrens pidió permiso para publicar su *Disertación sobre la confederación de las sociedades germánicas*, en latín, el decano de la facultad de Derecho, Hugo, lo negó. Esta negativa puso furiosa á toda la gente de Goettinga, que se puso al lado de los profesores liberales de la Universidad de Goettinga y de sus estudiantes.

Al mismo tiempo que en Goettinga se agriaban los ánimos, en la vecina Osterode los doctores Koenig y Freitag, que de tiempo antes venían bajo el velo del anónimo publicando larga serie de estu-

dios sobre la situación interior del Hannover, poníanse ahora al frente de la agitación públicamente y en inmediata comunicación con los revolucionarios de Goettinga. Todo lo cual unido con los tumultos del Harz, determinó á los burgueses á unirse y pedir la formación de la guardia comunal. El gobierno, resuelto á demostrar energía, disolvió las reuniones de los burgueses y mandó á la cárcel al doctor Koenig, hombre de grande integridad, de carácter y de no pocas simpatías. Y no pararon aquí las medidas violentas sino que igualmente se expidieron órdenes para prender á Ahrens, Schuster y Rauschenplatt, que se habían atrevido á protestar del uso ó abuso que de su autoridad había hecho el decano Hugo negando la autorización para la disertación de Ahrens. Á Rauschenplatt se le acusaba también de haber profesado principios revolucionarios desde la cátedra y de haber sido él quien aconsejara que no se pagaran los impuestos. Pero estas medidas arbitrarias no pudieron llevarse á cabo porque el pueblo se lanzó á la calle el 8 de Enero de 1831.

Los estudiantes de Goettinga, llevando á su frente á los abogados Eggeling y Seidensticker, se dirigieron á las Casas Consistoriales, destituyeron al comisario de policía y pasaron á formar una milicia nacional, enviando desde luego un mensaje al rey pidiéndole que otorgara una constitución. La resistencia á este movimiento, por lo que acabamos de decir, se comprende que fué nula en todas partes. De la guarnición no había sobre las armas más que ochenta hombres, los demás estaban con licencia en sus casas, los estudiantes en masa tomaron parte en el movimiento sin que Dahlmann que quería disuadirles fuera oído ni encontrara quien quisiera ponerse á su lado; nada ni nadie se opuso, pues, á que la revolución se organizase, poniendo al frente de la milicia al doctor Rauschenplatt, mientras por su parte el doctor Koenig lanzaba al público una violenta acusación contra el ministerio Münster, á quien, naturalmente, se acusaba de ser el Polignac del Hannover.

Sin embargo, los hombres de la revolución de Goettinga, hombres de Universidad, quisieron desde luego imprimir al movimiento ese carácter de unidad que si sienta bien á los hombres de la cátedra no encaja con las costumbres y necesidades políticas; así se fueron á buscar auxiliares y apoyaron la alta burguesía para el Consejo Municipal, alejando á los hombres de acción y de aquí sucedió que, cuando el gobierno mandó á Goettinga de gobernador á Nieper, que gozaba fama de hombre enérgico por haber sofocado el movimiento insurreccional en Osterode, nadie se sintió con fuerza para resistir su petición de que el Consejo Municipal se abriera al antiguo Consejo Municipal, viniendo así á estar juntos los hombres de la revolución y los hombres de la reacción, quienes mutuamente se encargaban de destruirse, no pudiendo naturalmente ponerse de acuerdo cuando Nieper les encargó que nombrasen una comisión de su seno para que fuesen á exponer al rey sus pretensiones, ó sea á su gobernador general el duque de Cambridge; así cada grupo le dirigió una representación aparte, y aun hubo un tercer partido, pues Dahlmann se presentó con los representantes de la Universidad al de Cambridge para pedirle que enviara las tropas á Goettinga para reponer el orden con la seguridad de que nadie les resistiría, y como esto era lo más expeditivo, Cambridge dirigió á los revolucionarios una proclama,—13 de Enero,—á los habitantes de la ciudad pronunciada para que se retiraran á sus casas á fin de evitarle el tener que acudir á medidas coercitivas ofreciendo, sin embargo, presentarse en

persona luego de restablecido el orden para enterarse de las reclamaciones de la ciudad.

Hizo esta proclama todo su efecto, pues habiéndose mezclado elementos tan heterogéneos fué imposible pensar en resistencia de ninguna clase, así medida alguna que no fuese la de una sumisión absoluta, encontraba grande oposición en unión del Consejo Municipal. La exageración de unos cuantos que se empeñaban en levantar barricadas y en reunir elementos de resistencia, no hacía más que poner de relieve la inanidad de ésta.

Cuando las fuerzas encargadas de restablecer el orden llegaron á Hoerten,—15 de Enero,—una diputación, compuesta de los hombres más significados en el movimiento, se presentó á hacer su sumisión mediante tímidas condiciones que, naturalmente, fueron desechadas, pero ya estos hombres no podían nada, su decisión en rendirse había desarmado la resistencia, y á su regreso á Goettinga no encontraron á nadie; todo el mundo se había retirado á sus casas, las barricadas habían desaparecido y las tropas pudieron entrar sin obstáculo al día siguiente.

Ahrens, Schuster y Rauschenplatt, escaparon yendo á refugiarse á Strasburg, pero otros menos afortunados, como Seidensticker, Plath, etc., fueron detenidos. Lo mismo sucedió en los pueblos que habían querido auxiliar el movimiento, la deserción fué general; la revolución estaba vencida.

Presentóse luego el duque de Cambridge, como había ofrecido, y las comisiones que fueron á verle le hablaron todas con tanta moderación y unanimidad de opiniones sobre la necesidad de reformas administrativas y de dotar al reino de un sistema de representación nacional más conforme con el espíritu de la época, que Cambridge les dió la razón en todo como si le pidieran la cosa más natural del mundo, resultando de aquí una revolución completa moral, pues todo el país se pronunció unánimemente por las reformas reclamadas por Goettinga.

Puede, pues, adivinarse, cuán profundo no fué el descontento y la irritación del país, al descubrir que todo había sido una farsa; pues el gobierno lanzó proclama tras proclama para impedir ese movimiento de la opinión encargando á la policía y á las tropas su represión severa, y por si esto no bastaba el mismo rey, desde Brighton, enviaba las órdenes más precisas para una represión severa de todo movimiento liberal. A Goettinga se la amenazaba, caso de no estarse quieta, con trasladar á otra ciudad su Universidad. Era de temer que ahora el conflicto no se hiciera general y sin duda de esto hubo de hablar el coronel Pott al rey al pasar á Londres

para enterarle de lo que sucedía en Hannover, pues lo cierto es, que Münster fué destituido por el hecho mismo de nombrarse á Cambridge virey. Con este cambio ministerial, calmóse la agitación, pero no se calmó el espíritu reformista del país, que se avino á esperar de los Estados generales que fueron convocados por extraordinario, la reforma constitucional, y esta resolución dió desde luego el resultado de salir elegidos diputados hombres resueltos á obtener una Constitución para su país.

Reunidas las Cámaras hannoverianas, adelantáronse los amigos del gobierno á la oposición ó al elemento liberal para desorientarla, presentando una proposición pidiendo «que se dignara el rey hacer elaborar un proyecto de Constitución con el concurso de comisarios elegidos de entre los diputados.» Stuve, dicho se está, encontró esta proposición descolorida y vaga, y para demostrar que era vano empeño querer entretenerlos con palabras, propuso, por su parte, que se negaran los diputados á votar los impuestos, hasta tanto que el gabinete reclamase la unión de la caja del patrimonio real, con la caja general del país, la publicidad de los debates y presentar á la Dieta actual un proyecto de Constitución elaborado en forma de ley fundamental, descansando sobre el derecho existente; pero reformando éste según las necesidades de la época. Y esta proposición pasó en ambas Cámaras, con ligeras modificaciones en la primera.

Enterado el rey de la actitud de la Dieta hannoveriana, se apresuró á ceder á sus deseos,—16 de Junio,—respecto á la unión de las dos cajas, bajo la reserva de que se salvarían por igual los derechos de la Corona y los del país, pero sin decir nada acerca de la publicidad de los debates de las Cámaras.

¿Qué hacía en tanto la Dieta germánica? La Dieta germánica, que en virtud del artículo 26 de la Acta federal, hubiera debido intervenir aún sin reclamar los Estados su intervención para apaciguar los tumultos, la Dieta germánica lo que hizo fué hacer saber á los gobiernos alemanes la obligación en que estaban de prevenir toda insurrección adelantándose á hacer justicia á sus súbditos, aceptando sus reclamaciones fundadas en justicia, y al efecto, les encargaba que procurasen cumplir religiosamente los compromisos contraídos, y como entre estos, como se comprenderá, se encontraba el relativo á las constituciones que los príncipes debían dar á sus pueblos y que, como hemos contado, no habían dado; lo que hacía, pues, en suma, la Dieta germánica era decirles á los gobiernos alemanes que se

apresuraran á dotar á sus Estados de las constituciones ofrecidas. Pero aun hizo más la Dieta, y fué, apresurarse á resolver todos aquellos expedientes que pendían delante de su tribunal, reclamando de los abusos cometidos por los príncipes alemanes y que hasta aquí había dejado dormir. Dicho se está, con esto, que el que salió más perjudicado por esta conducta de la Dieta fué el célebre duque de Brunswick, que le fallaron en contra, y con razón, cuantas reclamaciones había motivado su gobierno despótico. Pero tratándose del duque de Brunswick, todavía la Dieta se atrevió á mucho más, pues en vista de la revolución que lo había destronado, era necesario que la Dieta se pronunciara en pró ó en contra del legítimo duque de Brunswick, pronunciándose categóricamente en contra y justificando su no intervención por haber sido el mal gobierno del duque el que había llevado á la desesperación á su pueblo.

Cantaba, pues, la temible Dieta la palinodia de la manera más vergonzosa, pues santo y bueno que la Dieta no hubiese intervenido contra los súbditos del duque de Brunswick, ¿pero quién le impedía que antes ó después de ser destronado no hiciera justicia á su pueblo? ¿Para exigir esa reparación de agravios no se había creado expresamente la Dieta? Fuera de esto, ¿por qué la Dieta consentía la usurpación del duque Guillermo? Dicho se está que la Dieta que se veía en falso trató más de una vez de sincerarse, pero en el terreno de lo legal siempre salía mal trecha y el desheredado duque de Brunswick tuvo razón en quejarse de su conducta.

Pero si esta fué la conducta de la Dieta germánica, ¿fué otra la de las grandes potencias encargadas del papel de guardia civil del orden político establecido por los tratados de Viena?

«En el Hannover, dice Gervinius, no osa el príncipe Metternich, por respetos al rey de Inglaterra, oponerse al cambio que se había introducido en la marcha política. En el Brunswick, en donde la política hannoveriana encontró siempre un aliado resuelto en Prusia, el gran canciller intentó en vano resistir las innovaciones. Más tarde cesó su resistencia cuando distrajo su atención considerables cantidades de dinero que el nuevo duque le envió como no ignoran los habitantes de Brunswick.

»Ofreciósele al gobierno sajón socorros en la misma época en que Collaredo le dirigía sus amonestaciones; queríase enviar de Bohemia tropas destinadas á sostener «el buen viejo,» pero el regente se negó, según se dice, á dar su consentimiento. En Sajonia se atribuyó hasta la condescendencia con